John Muir

Las grandes selvas californianas

En 1893, Josep Coroleu dio a conocer a John Muir, un autor que permanecería en el olvido un siglo.

En una era dominada por la expansión industrial y la fe ciega en el progreso, John Muir se alzó como una voz poética y rebelde en defensa de los paisajes salvajes. Nacido en Escocia en 1838 y emigrado de niño a Estados Unidos, no fue solo un apasionado explorador y naturalista, sino también el alma visionaria del movimiento conservacionista moderno.

A pie, recorrió los bosques, montañas y glaciares del oeste norteamericano, especialmente la Sierra Nevada y el valle de Yosemite. En sus escritos, de prosa luminosa y convicción, no se limitaba a describir la belleza del paisaje: buscaba despertar la conciencia moral de sus lectores. Para él, la naturaleza era sagrada, un templo que debía ser preservado. Su influencia resultó crucial en la creación de parques nacionales como Yosemite, Sequoia y el Monte Rainier. En 1892 fundó el Sierra Club, organización que continúa siendo un pilar del ambientalismo estadounidense. En 1903, compartió con el presidente Theodore Roosevelt una memorable expedición por Yosemite, encuentro que inspiró políticas pioneras de conservación.

Más de un siglo después, su voz sigue resonando entre montañas y bosques, y en textos que inspiran a los amantes de la naturaleza. Él mismo escribió: «En cada paseo por la naturaleza uno recibe mucho más de lo que busca».

En medio del humo de las fábricas y el avance de la tala de los bosques, emergió un poderoso grupo de pensadores que cuestionaron la visión utilitaria americana: Emerson, Thoreau, Muir, Burroughs y Wright Mabie redefinieron la relación del ser humano con el paisaje, transformando la naturaleza de un simple recurso a un entidad moral, espiritual y estética.

Emerson, aportó una visión profunda y casi sagrada de la naturaleza. El mundo natural no era solo un conjunto de cosas útiles, sino un maestro de lecciones esenciales: los Bienes, como lo útil y material; la Belleza, el disfrute estético; el Lenguaje, entendido como un sistema simbólico que revela verdades espirituales; y la Disciplina, que enseña las leyes de causa y efecto y forma el carácter. Advertía que la mayoría de las personas solo perciben la superficie del mundo natural, y solo quien cultiva una profunda integridad espiritual puede trascender lo material y alcanzar una comunión mística con el ser universal.

Si Emerson era el filósofo, Thoreau fue el practicante. Su experimento de vivir de forma sencilla en una cabaña junto al estanque Walden demostró que la simplificación de las necesidades era la clave para la verdadera libertad. La naturaleza era el escenario de la libertad y el antídoto contra la alienación de la vida moderna. Abrazó lo salvaje y lo indómito: *In wildness is the preservation of the world*. Mientras la sociedad despreciaba el pantano y el bosque denso, los veía como lugares de fuerza, verdad y renovación. Su vida fue una demostración radical de que la riqueza no se mide en posesiones, sino en la profundidad de la vida reflexiva.

Burroughs, el naturalista más popular de su tiempo, tenía un don para la escritura accesible y una capacidad de observación asombrosa. Su gran lección fue el *arte de ver las cosas*. Insistia en que la naturaleza es una fuente inagotable de consuelo y sabiduría, pero solo si nos acercamos a ella con amor, paciencia y atención plena. La verdadera sabiduría residía en notar el canto sutil del pájaro, el patrón de las hojas o el detalle de un tronco. Su visión era un llamado a recuperar la sensibilidad perdida en la vida moderna, haciendo de la naturaleza una compañera constante, un refugio para el espíritu.

Wright Mabie, también enfocó la naturaleza desde una perspectiva humanista. Veía la naturaleza como un elemento formativo esencial de la cultura y el carácter americano. Argumentaba que el contacto con el aire libre y la belleza natural era indispensable para refinar la imaginación, elevar el espíritu y contrarrestar la vulgaridad que invadía las ciudades industrializadas. Sus escritos hicieron que la apreciación de la naturaleza pasara de ser una idea filosófica a un componente necesario para una vida ética y estética completa.

En este ambiente intelectual, los escritos de Muir no solo eran descripciones geológicas precisas, sino también himnos místicos a la grandeza de la creación, los cañones y las secuoyas gigantes, sus catedrales naturales, y la vida silvestre con un valor por sí misma. En 1890, publicó el artículo *The Treasures of the Yosemite*.[1] Tres años más

[1] John Muir. «The treasures of the Yosemite», *The Century Magazine*, nº4, agosto, 1890.

tarde, el escritor barcelonés Josep Coroleu lo tradujo por entregas en el semanario *La Velada* de Barcelona con el titulo: *Las grandes selvas californianas*.[2] La traducción de un autor al que nadie conocía y no alcanzó notoriedad hasta pasado un siglo, fue un puente entre sensibilidades: una interpretación del inglés adaptada al gusto literario español del siglo diecinueve. Al encontrar, por azar, esas páginas –las primeras traducidas de Muir en España–, no busco una nueva versión, sino el placer de la prosa decimonónica que conserva su encanto, –este presente de indicativo– su cadencia y una belleza que deseo preservar intacta.

Francesc Costa Oller (Mataró, 2025).

[2] John Muir. «Las grandes selvas californianas», traducido por J. Coroleu. *La Velada. Semanario Ilustrado*, Barcelona, 1893. Publicado en siete partes, en los ejemplares del 45 al 51.

John Muir

Las grandes selvas californianas
The treasures of the Yosemite

Al tratar este importante asunto, es imposible no recordar en primer término las estupendas maravillas acumuladas por la naturaleza en el célebre valle de los Yosemites. Esta interesante comarca, situada en el seno de Sierra Nevada, tiene inefables atractivos para el viajero, ora sea turista, botánico, geólogo o mero amante de la soledad y de sus poéticos encantos. El que emprenda la excursión sin sentirse impulsado por ninguno de estos motivos, no puede encontrarla pesada ni se arrepentirá seguramente de haberla hecho, pues la distancia de San Francisco al valle no llega a doscientas cincuenta millas, que representan uno o dos días de viaje en tren o en coche. Por otra parte, es tan hermoso el camino, que se hace con el ánimo constantemente embelesado y, en aquellas regiones, la serenata de los cielos puede decirse que es un fenómeno perenne. ¡Cuán vivamente vuelven hoy a mi memoria, tras un periodo de veinte años, las gratas impresiones de mi primer viaje al país de los Yosemites!

Era el mes de Abril y yo había hecho la excursión a pie desde Oakland, que se halla en la bahía de San Francisco;

lo que equivale a decir que estábamos en la estación de las flores, en las tierras bajas y del litoral. El paisaje estaba brillantemente iluminado por los rayos solares, las alondras cantaban en los campos y las flores cubrían las colinas con tal profusión que éstas parecían pintadas, y yo me complacía en cruzar despacio aquellos amenos jardines, los primeros en los cuales me ha sido dable contemplar la flora californiana. Hasta aquí los rebaños y los campos cultivados, sólo de tarde en tarde manchaban el fondo del paisaje, y yo avanzaba sin dirección fija, pensando que los Yosemitas moraban hacia el Este de la comarca y que más o menos tarde había de encontrarles.

Una hermosa mañana, a la entrada del desfiladero Pacheco, desplegose ante mis ojos un paisaje que, después de mis muchas excursiones, aún revive en mi memoria como el más divinamente bello y sublime que he visto. Extendíase a mis pies la gran llanura central de California, semejando un lago de treinta o cuarenta millas de ancho por cuatrocientas de largo, o una rica alfombra de oro tendida sobre el llano. A lo largo de la costa oriental de este lago de oro atábase la riscosa sierra, tranquila y majestuosa en su grandeza y reflejando tan intensos colores que no parecía estar vestida de luz, sino compuesta exclusivamente de ella, como la muralla de una ciudad celeste. Allá en la cumbre empezaba una región nevada parecida a un cinturón de perlas centelleantes; más abajo, veíase otro cinturón de púrpura oscura y azul señalando la extensión de las selvas, mientras que al pie de la cordillera veíase otra de púrpura rosada. Es el punto donde se encuentra el oro de las minas y los jardines radiantes de

color que parecen rodear el monte de un muro luminoso, transparente como el cristal, inefablemente hermoso y duro como el diamante.

Parecióme entonces que no debía llamarse aquella la Sierra Nevada, sino la cordillera de la luz. Diez años después, hallándome en medio de la comarca, llenábame de admiración y de regocijo contemplando los torrentes de luz que la bañan, los artículos rayos del sol matutino quebrándose en los picos de los montes, la profusa irradiación del sol del medio día en el cristal de roca, los fulgores que brotan de unos peñascales que parecen incandescentes y las mil deslumbradoras cascadas que se despeñan levantando una nube en la cual fulguran todos los colores del arco iris. Pero las bellezas de la tierra son todas limitadas. Los esplendores de la soledad apártanse de la gran llanura central, su flora se desparrama como suele hacerlo en las regiones montuosas, y en el valle de los Yosemitas la protección del gobierno es impotente para hacer que sean perennes las cosas perecederas.

La Sierra tiene como unas quinientas millas de largo por setenta de ancho y una altura que varía desde siete a quince mil pies. Por punto general, no se ven en ella las pisadas del hombre ni nada que pueda dar una idea de la maravillosa profundidad y grandeza de su escultura. Ninguna de sus magníficas cumbres coronadas de selvas parece elevarse gran cosa sobre el nivel general como pregonando su riqueza. No se ve ningún valle extenso, ningún río caudaloso, ningún macizo de formas bien determinadas y características que llamen especialmente la atención del viajero. Hasta las cimas alineadas una tras

otra, que orgullosamente se elevan hacia el firmamento, parecen comparativamente poco encumbradas y de vagos contornos. Con todo, la cordillera está surcada por muchos cañones hasta una profundidad de dos mil a cinco mil pies, en la cual hubo antaño majestuoso ventisqueros y por donde corren y murmuran hoy los brillantes ríos de la Sierra.

Aunque de tan estupenda profundidad, estos cañones no están húmedos, no son lóbregos ni inaccesibles. Acá y acullá los cruzan una multitud de ásperos senderos que luego, por mi suave pendiente, conducen a los manantiales de la cima varios caminos llenos de vida y de luz formados por los antiguos ventisqueros y presentando en su curso una rica variedad de nuevas y sedutoras perspectivas, las más preciosas que se han descubierto en todas las cordilleras del mundo. En muchos parajes, particularmente en la región media de la falda occidental, los cañones principales terminan en espaciosos valles o parques de encantadora belleza, llanos extensos ostentando praderas y espesuras de floridos matorrales, mientras que los grandes valles, infinitamente variados, presentan una multitud de floridos arbustos de varias especies y verdor perenne y encinas arraigadas en mil estrechos parajes, cruzando el paisaje una multitud de murmuradoras corrientes que saltan espumeando por las dentelladas rocas formando cascadas de caprichosas formas hasta juntarse con el resplandeciente río que corre entre ellas con majestuosa calma.

El más famoso y accesible de estos valles cañones, y el que ofrece más sorprendentes y sublimes aspectos, es el

de los Yosemites, situado en la región más elevada de las aguas de la Merced, a cuatro mil pies sobre el nivel del mar. Tiene cerca de siete millas de largo, media de ancho y próximamente una de profundidad y es su lecho un sólido granito de la cordillera. Lo limitan las montañas y una serie de enormes peñascos, separadas entre sí y las primeras por varios cañones y desfiladeros. Están situadas de una manera tan armoniosa en un mismo nivel, que vistas en conjunto semejan un inmenso palacio o un templo iluminado por luz cenital.

Pero no hay ningún templo edificado por la industria humana que pueda compararse con este valle. Todas las rocas parecen allí seres animados. Unas se inclinan hacia atrás como en actitud de olímpico reposo; otras a una altura de miles de pies, parecen adelantarse hacia sus compañeras en postura meditabunda, dando la bienvenida a las tempestades, y las calmas, cual si tuviesen conciencia de ellas, aunque sin curarse de lo que pasa a su alrededor. No puede darse nada más imponente que su inconmovible majestad, y sin embargo, ¡con qué elegancia están adornados estos enormes peñascos, cuya base descansa en alegres prados de color verde esmeralda y cuyas cimas se yerguen soberbias hasta el firmamento azul, ostentando un manto de flores bañadas por las mugientes aguas y por torrentes de luz deslumbradora, mientras la nieve, las nubes, los vientos y los aludes brillan, cantan y serpentean en torno, y los años van transcurriendo sin tregua! Pájaros, abejas, mariposas y miríadas de alas sin nombre zumban en el aire llenándolo de armonía y de animación regocijada. Más abajo, entre la niebla, corre el cristalino

río de la Merced reflejando en sus apacibles aguas los lírios, los árboles y las rocas más avanzadas; los tipos más frágiles y los objetos más duros y sólidos de la naturaleza en formas innumerables, cual si ella se hubiese complacido en reunir en aquel punto sus más preciosos tesoros, sin distinción de formas ni de tamaños para poner a sus adoradores en íntima comunión con ella.

Al dirigirse hacia el valle para remontar las alturas, nótase que las selvas y las corrientes de agua van haciéndose cada vez más ricas y salvajes. A una elevación de 6,000 pies sobre el nivel del mar los pinos *epleca* tienen 200 pies de altos con las ramas dispuestas en orden regular en torno de los corpulentos troncos y hermosamente penadas como las hojas del helecho. El abeto Douglas y los pinos amarillos y dulces alcanzan aquí su mayor grado de desarrollo, de hermosura y de grandeza, así como el *libocedrus* de oscura corteza, con sus ramas de color amarillo ceniciento. Vese también allí la majestuosa sequoia, el rey de las coníferas «el más noble de una noble raza.» Estos gigantescos árboles, maravillosos por su hermosura, su talla y sus armoniosas proporciones forman una colección de coníferas superior a todas las que hasta hoy se han descubierto en las selvas más renombradas del mundo. Este es el paraíso de los aficionados a los árboles, que no pueden menos de extasiarse al visitar esta espesura iluminada a trechos por los rayos solares y en otros parajes sumergida en apacible sombra y en la cual un ambiente sano, aromático y voluptuoso recrea los sentidos, cuando echados sobre las ramas y la hojarasca contemplamos el

centelleo de los astros al través del follaje, arrullados por el cadencioso rumor de las cascadas.

En las cumbres más elevadas que encontramos en nuestro camino el hermoso pino *epleca —Abies amabilis—* es el árbol que más abunda, formando densos grupos que avanzan hasta el borde del abismo por ambos lados en una grande extensión de terreno, a una altura de 8,000 a 9,000 pies sobre el nivel del mar; por manera que el valle de los Yosemites, con sus estupendas masas de granito desnudo, presenta por otro lado regiones cubiertas de magníficas selvas en las cuales se ven las principales especies de pinos, abetos, abedules y *libocedrus*. A la entrada del valle no se encuentran ejemplares de la sequoia gigantea. Las más próximas están a unos diez minutos más allá del límite de la concesión, a orillas de los pequeños tributarios del río Merced y del Tuolunme. Esos árboles descomunales forman como un cinturón a lo largo de la falda occidental de la cordillera desde el conocido *Bosque de las Calaveras*, al Norte, hasta el comienzo del *Arroyo de los Ciervos*, al Sur, en una extensión de dos centenares de millas y a la altura de 5,000 a 8,000 pies sobre el nivel del mar.

Desde las Calaveras hasta la bifurcación del Río del Rey sólo se ven algunos grupos insignificantes de estos vegetales, formando pequeñas espesuras diseminadas y quedando entre ellas dos espacios desnudos de unas cuarenta millas de extensión, el uno entre las selvas Stanislaun y Tuolunme y el otro entre las del Fresno y el río King. Desde aquí, y volviendo hacia el Sur, en vez de formar pequeños grupos aislados entre las demás coníferas, estos

copudos árboles se presentan en majestuosa formación al través del camino y de las fragosas cuencas de Kaaweah y Tule, formando una imponente selva de unas setenta millas de largo por diez de ancho, sólo interrumpida por algunos profundos cañones.

El Fresno, que es el más espacioso de los bosques septentrionales, ocupa una área de tres a cuatro millas cuadradas, y está situado al Sur y a corta distancia del famoso bosque Mariposa. Al extremo del cañón situado en el punto meridional de bifurcación del río King, hay un soberbio bosque de sequoias que no tiene menos de seis millas de largo por dos de ancho. Es el grupo de grandes árboles que más propiamente puede llamarse selva entre las varias espesuras del Norte.

Descendiendo la rápida bifurcación de las aguas en el punto donde se separan el King y el Kaaweah, éntrase en las grandes selvas que forman la más densa arboleda de aquella dilatada selva que a guisa de cinturón cifre el valle, y avanzando hacia el Sur encuéntrase a cada paso más exuberante, alzando al cielo sus frondosas copas y serpenteando con graciosas ondulaciones que dibujan la complicada topografía del terreno. La región más hermosa se halla en el camino de la cordillera entre Marble Creek y la bifurcación del río y extiéndese desde los promontorios de granito que miran a las ardientes llanuras hasta la distancia de algunas millas de las fuentes heladas.

El límite extremo superior de aquel gran cinturón de bosques hállase entre los brazos central y meridional del Kaaweah a una elevación de 8,400 pies, y el grupo más hermoso de sequoias en la margen del brazo septentrional

del río Tule. En los del Norte hay menos arbolillos, mientras que aquí por cada tronco añoso, por cada gigante marcado por el furor de las tempestades hay varios que ostentan los esplendores de la lozanía, y por cada uno de éstos una multitud de arbolillos que brotan por todas partes, sobre las piedras de los ventisqueros, al borde de los peñascos, en los lechos de los arroyos y en los profundos y húmedos aluviones de las praderas, como sedientos de participar de la vida eterna que les rodea.

Aunque la región poblada de vegetales presenta mayor densidad de arbolado, a medida que se va avanzando hacia el Sur, no puede decirse que se note en la misma proporción un aumento en la corpulencia de los árboles. La altura de 275 pies y el diámetro de 20 son tal vez las medidas comunes de los más copudos; no son raros los que llegan a 25 pies de diámetro y hay muchos que tienen cerca de 300 pies de altura. El más corpulento que encontré en el curso de mis exploraciones es un viejo y majestuoso monumento de la selva del río King. Tiene 35 pies y 8 pulgadas de diámetro, descontando la corteza, una madera muy compacta y sin embargo fácil de cortar horizontalmente.

Cuando se hallan en condiciones favorables, estos gigantes viven de quinientos a seiscientos años, aunque por regla general son pocos los que llegan a la mitad de una edad tan avanzada. El sequoia parece estar completamente exento de las enfermedades que atropellan y matan a las demás plantas coníferas, como el *mildew* y otras clases de podredumbre. No he visto nunca un sequoia enfermo ni presentando señales de morirse de pura

decrepitud. Si no son destruidos por la mano del hombre, viven indefinidamente hasta que son abrasados por el rayo o arrastrados por el desmoronamiento de las tierras en que están arraigados.

Estos reyes de los árboles, como todos los de su clase, son muy dignos de respeto por su interés científico y por la utilidad que reportan en los terrenos baldíos. Sin embargo, sólo se ha reservado el Bosque Mariposa a fin de destinarlo a parque para el público esparcimiento. Aun admitiendo que la masa general de los ciudadanos desconociese por completo la importancia de nuestras selvas, hasta en el punto de vista económico sería muy conveniente que el gobierno fijase su atención en la conveniencia de conservarlas. En los actuales momentos podemos decir que se están destruyendo con una rapidez extraordinaria. Ha quince años, encontré cinco molinos establecidos en la margen inferior del cinturón mayor de los sequoias, los cuales iban cayendo uno tras otro cortados para alimentar el fuego. Desde entonces se han edificado muchos más, cuyo número no puedo precisar, pero es de temer que muchos de los preciosos árboles del grupo del Fresno estén fatalmente destinados a desaparecer por igual motivo. Además, se ha formado una poderosa compañía para el desmonte de las magníficas selvas del río King.

Esta industria de los molinos es causa de una devastación excesiva, pues cuando los arbolillos han sido cortados, se incendian los bosques para abrir claros en la espesura, destruyendo el ramaje y la hojarasca, con lo cual desaparecen, no sólo los arbustos y los retoños, sino

también muchos colosos de la selva convertidos por las llamas en carbonizados monumentos vegetales. Y aun estos destrozos son pequeños comparados con los que hacen los pastores. Todos los veranos llévanse a los pastos de la montaña muchos rebaños de ovejas cuyo paso es señalado por los estragos más deplorables. Los sitios más amenos de la comarca son despiadadamente pisoteados, los arbustos despojados de sus hojas, como si las hubiese devorado la langosta, y los bosques incendiados para mejorar los pastos. Así es destruido por el fuego aquel soberbio cinturón de bosques desde un extremo a otro. A excepción del resinoso *Pinus contorta*, el sequoia es el árbol que sufre más de todos. En la actualidad se están haciendo diligencias para la creación de un parque nacional cerca del Yosemite, y por cierto que es muy de desear que se realice este proyecto, no sólo por consideración a los bosques vecinos, sino también en interés del mismo valle, pues los cañones y hondonadas de las cuencas de los ríos que a él van a parar, hállanse tan unidos como los dedos a la palma de la mano, como las ramas, el follaje y las flores al tronco del árbol.

Infierese de ahí que toda la región superior de donde brotan los manantiales, con sus picos, cañones, campos de nieve, ventisqueros, selvas y corrientes, debería incluirse en el parque para que éste fuese un armonioso conjunto de bellezas naturales y no un fragmento más o menos interesantes de ellas. En la región occidental é inferior podrían extenderse los límites del parque a bastante distancia para comprender distritos forestales del Fresno, Mariposa, Merced y Tuolumne, todos poblados de corpulen-

tos árboles, de los cuales hay tres en los caminos que conducen al valle, y los demás en medio de una multitud de confieras casi tan interesantes como esos oscuros colosos.

Desde las alturas que dominan las lindes de estos soberbios bosques nos es dable, por último, disfrutar de una vista general del valle, perspectiva que aparece de súbito en toda su magnificencia grandiosa y profunda; es una nueva revelación en materia de paisajes, capaz de impresionar y abrir las potencias al más vulgar de los espectadores.

A lo largo de las curvas y culebreos del camino al bajar al fondo del valle, la perspectiva cambia a cada momento, descubriéndose a lo lejos sobre el musgoso suelo las aguas del río, brillando acá y acullá, y cuyo rumor empieza muy pronto a herir nuestros oídos. Mirando al azar el primer objeto que llama nuestra atención es el *Bridal Veil* —el velo nupcial—soberbia cascada que se encuentra a mano derecha.

Su primer salto de la peña está a la altura de unos 900 pies sobre nosotros, y cuando se despeña lanzando a los aires su alegre rumor, ofrece un espectáculo extraordinariamente atractivo con los mil colores de que la tiñen los rayos solares en su caída. Aquel himno parece contarnos el solemne poder que se esconde bajo la suave y espléndida vestidura que le adorna.

Al otro lado del valle, y enfrente de esta cascada, hay otra no menos preciosa, apellidada la *Cascada de la Cinta* o *Las Lágrimas de la Virgen*. Cae de una altura de 3,000 pies poco más o menos, y arroja un extraordinario caudal

de agua silbando y mugiendo con un estrépito que hace pensar en los cielos llorosos de los ciclones y los huracanes cuando es engrosado el caudal de sus aguas por el derretimiento de las nieves.

Encima de este opulento caudal de agua levántase la inmensa peña que llaman *El Capitán*, rodeada de bosquecillos de pinos avanzando con imponente majestad, cual si quisiese adelantarse a las masas vegetales y peñascosas que forman por aquel lado el límite del valle. Es una gran masa granítica, lisa, tajada, alta de 3.300 pies; parte y término de una riscosa cumbre en la cual representa los caracteres de la solidez y la estabilidad.

Cruzando desde aquí el valle, encuéntranse más arriba del *Velo nupcial* las pintorescas *Rocas de la Catedral*, que tienen unos 2.700 pies de altura y una hermosa, aunque maciza, escultura. Están estrechamente unidas al Capitán y brotaron del mismo pico cuando el valle estaba en su período de formación.

Más allá del Capitán la masa primera y más sorprendente que se encuentra al Norte es la inmensa montaña apellidada *Los Tres Hermanos*, que presenta a la linde del valle tres picos sucesivos, el uno de los cuales tiene cerca de 4,000 pies de altura. Le han dado este nombre en memoria de los tres hermanos, hijos de Tenaya, el viejo caudillo yosemite, en aquél sitio capturados durante la guerra con los indios. En la región meridional del valle, en el lado opuesto a *Los Tres Hermanos*, levántase la *Roca del Centinela*, monumento parlante del período glacial.

Continuando la excursión al través de praderas y espesuras, y en medio de estos majestuosos peñascos que

parecen seguir nuestros pasos, mientras contemplamos absortos tantas maravillas y buscamos instintivamente otras, resuena sobre nuestras cabezas el estrépito de la cascada que, al llegar al pie del Centinela, se nos manifiesta con todo su esplendor, pareciendo caer del cielo aquel inmenso caudal de agua que no tiene menos de media milla de altura.

Pero ni esta cascada, quizá la más maravillosa del mundo, es capaz de monopolizar nuestra atención, porque allí se despliega ante nuestros ojos la región superior del valle con la Cúpula del Norte, los Arcos Reales y la columna de Washington a la izquierda; el ventisquero de Point Rock con su magnífica escultura a la derecha, y en el centro el Tissiack o la Media Naranja, la más hermosa y sublime de las montañas peñascosas del valle. Levántase majestuosamente serena desde el fértil suelo hacia el firmamento, hasta una altura de 4.750 pies.

Aquí se divide el valle en tres ramas, que son los cañones denominados Tenaya, Nevada é Ililiouette, que van a parar a las fuentes de la alta sierra con una sucesión de perspectivas dignas de parangonarse con las más preciosas del valle.

En la rama meridional, como a una o dos millas de la región principal del valle, hay la cascada Ililiouette, que tiene unos 600 pies de altura y es una de las más hermosas de la comarca, pero inaccesible a los más, a causa de la aspereza del terreno y de la angostura del cañón. Sus más caudalosos manantiales de hielo y nieve se encuentran en las bellas é interesantes montañas del grupo de la

Merced, y su anchurosa cuenca es notable por la belleza de sus lagos y la grande extensión de sus bosques.

Subiendo por la rama septentrional del valle pasamos entre la Cúpula del Norte y la Media Naranja, y en menos de una hora llegamos al lago Espejo, a las cascadas de la Cúpula y a la que llaman Tenaya, todos en diversos conceptos muy interesantes. Más allá de la cascada, al Norte del cañón, hay la sublime roca llamada el Monte Watkins, muy parecida al Capitán; al sur, la extensa curva granítica de Cloud's Rest, que tiene una milla de altura, y entre ellas la hermosa cascada Tenaya, cuyas aguas resbalan por la bruñida superficie del granito como un río de plata, cayendo verticalmente de una altura de 700 pies.

Más allá de las cascadas, en la falda del monte Watkins, hay una antigua senda por la cual pasaban en otro tiempo los indios al atravesar la cordillera del Mono; pero en el cañón situado más arriba de este punto no hay ninguna clase de camino. Entre el monte Watkins y Cloud's Rest sólo es accesible para los montañeses, y en algunos puntos tan peligroso que no me atreví a solicitar el concurso de los aguerridos trepadores que de buena gana hubieran hecho gala de su agilidad y nervioso vigor sirviéndome de guías en aquel paraje.

Pasada la región de las cascadas, ya no se encuentran grandes dificultades, sino antes una serie de amenos jardines cubiertos de lirios y otra de hermosas praderas entre los undosos peñascales desparramados en el fondo del cañón. En todas partes el granito presenta una superficie limpia y como bruñida, y en muchos parajes brillante como el cristal, con los reflejos de los rayos

solares, fenómeno debido a la acción del hielo, pues el cañón fue antaño el canal por donde pasaba uno de los principales tributarios del antiguo ventisquero Yosemite.

Diez millas más arriba del valle se encuentra el hermoso lago Tenaya, y allí termina el cañón. Subiendo una o dos más llégase a la grande *Sierra Catedral*, que semeja un templo monolítico provisto de bóveda, agujas y pináculos ornamentales tan bien construidos y acabados como si realmente fueran obra del arte humano. Hállase en una meseta de 9,000 pies de altura, a la cual se llega por una suave pendiente, cual si la Naturaleza al hacer una obra tan bella se hubiese complacido en procurar que presentase una inmejorable perspectiva. En efecto, mírese por donde se quiera, su forma especial y su graciosa hermosura tienen un encanto tan extraordinario que no se cansan los ojos de mirarla. Su elevación, desde el nivel del suelo hasta la cúspide, es de unos 2,500 pies. Entre los pináculos que adornan su frontispicio disfrútase de los espléndidos panoramas que ofrecen las cuencas superiores de Merced y Tuolumne.

Pasando por uno u otro lado de la Catedral desciéndese al delicioso valle Tuolumne, desde el cual pueden hacerse excursiones al monte Dana, al lago Mono, al monte Lyell y a los muchos y muy curiosos picos que se alzan sobre los prados en la región meridional y al gran cañón Tuolumne con sus inmensos peñascales y sus impetuosas y turbulentas aguas. Las espaciosas praderas próximas a las fuentes Soda son el centro de esta atractiva comarca.

Volviendo al Yosemite y subiendo por la rama Nevada, que es la central, regada por el brazo más caudaloso del

río Merced, llegamos al cabo de pocas millas a las cascadas Vernal y Nevada, cuyas respectivas alturas son de 400 y 600 pies, y que se hallan situadas en medio de las más pintorescas y sublimes maravillas que en aquellos parajes ostentan las rocas con sus caprichosas combinaciones. Más adelante, siguiendo el curso del río, entramos en el pequeño Yosemite, valle muy parecido al mayor por su forma, su vegetación y sus preciosas esculturas naturales. Tiene cerca de tres millas de longitud y los montes que lo orillan de 1,500 a 2,000 pies de altura. Desde sus cumbres despéñanse varias cascadas, en tanto que en el fondo serpentea apacible y rumoroso el río, salpicando la verde alfombra de los prados con sus cristalinas aguas.

Más allá hay otros cuatros pequeños Yosemites en el cañón principal, formando por junto una serie de cinco, de los cuales el más elevado se encuentra pocas millas más bajo que la base del monte Lyell, a unos 7,800 pies sobre el nivel del mar. Describir estos parajes con todas sus maravillas, la adusta majestad de los picos que los dominan, la mansión de las nieves y los manantiales que nacen de ellas fuera prolijo en demasía y no lo consienten los límites de un artículo como el que estamos escribiendo. No nos es dable entretenernos en examinar la formación de esos silvestres paisajes, la de esas grandes masas cristalinas, cuya hechicera belleza es el embeleso de nuestros ojos, la de las nubes que a trechos cruzan el firmamento, la caída de la nieve, el despeñamiento de los aludes, la invisible marcha de los ventisqueros ni las innumerables formas de las cascadas.

De los pequeños lagos formados por el remolino de las nieves y tan característicos de estas regiones, no hay menos de 67 en la cuenca de la más importante rama central, sin contar una infinidad de estanques más pequeños cuyas rizadas aguas reflejan en su límpida superficie el azulado campo de los cielos. En la cuenca del Illilouette hay 16, en el Tenaya y sus adyacentes 13, en la cuenca de la ensenada Yosemite 14 y en el Pohono o *Velo nupcial* uno, formando un total de 111 lagos, cuyas aguas vienen a llenar el valle de armonías con el murmullo de sus caudalosas fuentes. Saliendo de éste por los cañones secundarios nótase una elevación del terreno a entrambos lados, al Sur hasta las fuentes de Pohono o la ensenada del *Velo nupcial*, cuya cuenca es señalada por la extensión y belleza de sus praderas y por sus soberbios bosques de pinos *epicea*, y por la parte septentrional, al través de la cuenca de la ensenada Yosemite, hasta la cordillera divisoria a lo largo del cañón Tuolunne y las fuentes de la estribación o ramal a que han dado el nombre de Hoffman.

Por punto general, la cuenca Yosemite parece haber sido cubierta en cada período de su desarrollo por inmensas masas de granito, algunas de las cuales no muestran sino su extremidad superior, en tanto que otras se yerguen altivas, ya aisladamente, ya en grupos, en medio de los bosques. Otras forman eminencias y ondulaciones rodeadas de árboles y arbustos y enseñando una brillante superficie bruñida por las arremolinadas nieves del ventisquero. En la parte superior de la cuenca, cerca de las orillas o al pie de todos los grandes ventisqueros, suelen acumularse montones de rocas despeda-

zadas y enormes depósitos de arena gruesa, materiales que se han ido depositando allí en abundancia y entre los cuales ha brotado la vegetación apareciendo acá y acullá hermosas espesuras.

En esa región encuéntranse desparramados varios lagos y praderas y algunas pequeñas hoyadas interrumpiendo la monótona frondosidad de los bosques, mientras las márgenes de las corrientes ostentan vistosas alfombras de flores. Toda la espaciosa región superior de la cuenca está cubierta de una red de arroyos que corren a despeñarse al fondo del valle, ya resbalando sus cristalinas aguas por el bruñido lecho de roca, ya hundiéndose bajo los sauces como para lavar sus rojas raíces, ya filtrándose al través de las hoyadas, formando pequeñas cascadas, ya borbotando tumultuosos, ya sosegándose de pronto y discurriendo con apacible calma para precipitarse de nuevo salpicando el musgoso *agrostis alpino*, las margaritas y las violetas blancas y azules que encuentran al paso, hasta que al dar con una valla de ásperos guijarros y árboles caídos juntan sus aguas y emprenden su camino con la tranquila majestad de un gran río.

Al cruzar la vereda del Mono, unas dos millas más arriba de donde principia la cascada Yosemite, tiene esta corriente cerca de diez pies de ancha y cuando, en la primavera, se derriten las nieves, no baja su profundidad de cuatro pies ni su velocidad de dos millas y media por hora. Tal es aproximadamente el volumen del agua que alimenta la cascada en los meses de Mayo y Junio cuando ha abundado la nieve en invierno; pero varía mucho con el transcurso de los meses.

La nieve se derrite pronto en la región abierta de la cuenca que mira al Sur, de modo que sólo un corto número de tributarios retrocede a las nieves perennes y a las fuentes heladas de los umbríos anfiteatros situados en las laderas septentrionales del monte Hoffman. La extensión del declive recorrido por la corriente desde los manantiales más elevados hasta su confluencia con el río Merced, en el fondo del valle, es de unos 6,000 pies, en tanto que la distancia no pasa de diez millas, lo cual da la proporción de una por 600 pies. Durante la última milla corre el agua entre inmensos repliegues graníticos del terreno que forman como unas masas petrificadas de cúmulus. Al través de este espléndido valle corre a su destino ondulando graciosamente y entonando la postrera de sus baladas montañesas antes de llegar al vertiginoso salto donde se precipita desde una altura de 2.600 pies a otro mundo radicalmente distinto de aquella región por el clima, la vegetación y los habitantes. Al salir de este último cañón, deslizase la corriente formando una serie de complicadas curvas a modo de lazos, cual si quisiese prepararse sosegadamente antes de dar el gran salto. Párase en primer lugar en un pequeño estanque; luego resbala por sus pulidos bordes despeñándose al precipicio sobre el cual traza una magnífica curva rodeada de vapor acuoso en cuyo seno juguetea la luz vistiéndolo de irisados reflejos.

Al seguir la corriente por vez primera, deseoso de descubrir sus misterios, arrastrábame una ardiente curiosidad a llegar hasta el límite extremo de su curso para verla caer por los aires desde tan enorme altura; pero cuando hube gozado de este espectáculo y me encontré

sano y salvo lejos de aquel paraje no me atreví nunca a aconsejar a nadie que tratase de imitarme. El último salto lo da la corriente por un terreno tan liso y escarpado que para seguirla hay que deslizarse con mucho cuidado, valiéndose de los pies y las manos, y el agua se precipita pasando tan cerca de la cabeza que ésta sufre vértigos por robusta que sea. Mas, para disfrutar por completo de tan admirable perspectiva, se ha de ir más lejos, hasta un escollo de peñascos graníticos que ofrecen una senda de tres pulgadas de ancho, que es decir el espacio estrictamente necesario para sentar los talones. Parecióme que mis nervios no habían de resistir un ejercicio tan pesado como el de avanzar por aquel angosto camino, a la orilla de un precipicio tan próximo al estrepitoso torbellino del agua.

Echando melancólicas miradas a la soberbia cascada que me atraía con su imponderable belleza y su himno sublime, resolví no tentar de aproximarme a ella, y sin embargo, hice todo lo contrario, a despecho del buen sentido. Viendo unas matas de artemisa en los intersticios de una roca, arranqué algunas hojas y las mastiqué recordando que esta yerba es un excelente preservativo contra el vértigo. Después lleguéme al borde del precipicio maniobrando hábilmente con los talones y avanzando de lado hasta ponerme a una distancia de veinte o treinta pies de las impetuosas corrientes, que en cierto modo me envolvían y secuestraban, aislándome y separándome del mundo bajo aquella enorme cantidad de agua que se despeñaba con imponente furia.

Como a unas cuarenta yardas de la cascada Yosemite puede gozarse de una perspectiva menos ocasionada a vértigos y peligros desde el borde de la escarpada roca, por donde se puede descender hasta 200 pies más abajo del salto del agua, en un punto donde ésta ruje y espumea aprisionada en un angosto canal de rocas. Vista desde aquí, hacia el Mediodía, la descomposición de la luz en el vapor acuoso viste la cascada con todos los visos y cambiantes del arco iris, hasta el punto de hacerse invisible el cristalino caudal de agua origen de tan bello fenómeno. La imponente majestad de aquellos descomunales peñascos, el ímpetu de la estrepitosa corriente y aquel arrebollado nimbo que la circunda forman un cuadro cuyo atractivo es superior a todo encarecimiento.

La cascada Yosemite consta en realidad de dos saltos de agua, uno superior y otro inferior, separados por una serie de caídas o despeñaderos escalonados en varios desniveles; pero vista de frente, desde el fondo del valle, produce el efecto de no haber sino uno.

La cascada Nevada se considera en general como la más interesante, después de la Yosemite, entre las cinco principales del valle. Atravesando el Pequeño Yosemite en mansas corrientes poéticamente cobijadas por la arboleda, estrellase fraccionándose en varios rápidos en las despedazadas peñas que fueron antaño el lecho de un ventisquero en el extremo inferior del valle. Desde allí prosigue su curso por un canal muy áspero y quebrado, abierto en el granito, chocando con ambas paredes del álveo y espumeando con tumultuosa cólera sin darse un momento de reposo. Así llega hasta el borde del precipicio corriendo

como si le tardase llegar al aire libre. Pero antes de tocar al fondo del abismo despedázase de nuevo en las peñas que cubren la escarpada ladera, a la mitad del camino, formando la cascada más cristalina del valle y una de las más prodigiosas del mundo.

En la parte septentrional, cerca de la cascada, avanza al borde del precipicio una inmensa dala de granito formando un magnífico observatorio desde el cual se descubre una multitud de corrientes, quebrándose y espumeando en un lecho cubierto de esmeriles. Más abajo, al través de la neblina alzada por el agua, vese el río, juntando nuevamente su desparramado caudal, penetrar bulliciosamente en el cañón y arrojarse al lago Esmeralda, en donde por último se sosiega y para. Todos los pormenores de este panorama están en consonancia con el carácter y aspecto que van dándole las aguas en su caprichoso curso. Las márgenes del cañón, con la sublime masa del ventisquero Point Ridge enfrente, forman una cuenca triangular parecida a una fosa, o mejor a un angosto precipicio por el cual corre el río tan turbulento, fragoroso y bravío que parece empeñado en pulverizar las montañas que le cierran el paso.

El Vernal, famoso por sus arrebolados visos, es una tranquila y apacible cascada en la cual no se advierten los tumultuosos ímpetus del Yosemite y el Nevada. Sin embargo, es la que tiene más visitas y admiradores, sin duda por ser la más accesible de todas. Un empinado pero excelente camino conduce a una meseta, desde la cual se puede contemplar la corriente viniendo del lago Esmeralda y despeñándose con majestuosa calma de una altura

de 80 pies, envuelta en espléndidos cambiantes de luz que varían desde el blanco nevado hasta el purpúreo ceniciento. Luego, saliendo de la neblina por ella misma formada, ábrese un camino por el áspero cañón, saltando convertida en una infinidad de pequeñas cascadas, encanto de los mirlos acuáticos, hasta el pie de la Media Naranja, en las inmediaciones del valle principal.

La Illilouette, en general, se parece mucho a la Nevada. No es ni la mitad tan caudalosa como ésta; pero no le cede en altura (600 pies) y sus aguas descienden asimismo precipitadas por su choque contra las paredes de un canal irregular y peñascoso. Es una hermosa cascada, blanca y hechiceramente armoniosa. En la primavera la rasgan y dividen los peñascos que avanzan a entrambos lados al borde del abismo, pero con ello no hacen más que estriar la columna de agua, cuyo efecto es realmente maravilloso. No es una cascada colosal como el Yosemite superior, ni tan simétrica como el Vernal, ni graciosa y sencilla como el Velo nupcial, ni ostenta un caudal tan imponente como la Nevada; pero en cambio las aventaja y eclipsa todas por la opulencia y la exquisita belleza de sus suaves ondulaciones.

Al borde de esta hermosa cascada disfruté de uno de los más atractivos espectáculos que he contemplado en el valle Yosemite y fuera de él. Estábamos en el verano indio, en aquella época durante la cual las hojas de los árboles se tornan oscuras y los grandes peñascos se transfiguran por obra de la niebla. Había errado por la ruda extremidad superior del cañón de la Illilouette, admirando las bellas perspectivas que allí se disfrutan de la Media Naranja y del

cabo Libertad, el follaje de los acebuches, los conejos, los escaramujos, etc., las últimas virgas aureas, con sus vistosas espigas de flores amarillas y la extremada pureza del agua que, dormida en inmóviles estanques, casi se hace allí completamente invisible.

El estrépito de la cascada había menguado mucho y su caudalosa corriente habíase convertido en una flotante gasa que ostentaba una multitud de lazos delicadamente bordados. Cuando llegué a la cascada, los rayos del sol brillaban en su cima, dejando el resto en la oscuridad, y en el iluminado borde del abismo un grupo de lentejas acuáticas de forma y belleza singulares ondulaba graciosamente, semejando inquietas llamas movidas al compás de los caprichosos movimientos del agua. Su color no cambiaba nunca. No he visto nada que le fuese comparable: ni las nubes, ni las flores, ni las alas de los pájaros, ni las nacaradas conchas. Son los tonos más delicados que he visto, y sin encarecimiento puedo asegurar que una maravilla de color como aquella no le es dable al hombre contemplarla sino una vez en la vida, porque la naturaleza es avara de tan preciosos dones.

Como a una milla más abajo del Lago del Espejo el cañón es llano y está cubierto de abetos y *libocedrus* que forman una espesura muy amena a cuya entrada se encuentra la cascada Tenaya. Ha sido poco visitada y raras veces descrita, y sin embargo, yo tengo para mí que es la más pintoresca del valle. Desde una gran distancia viene el agua rodando cristalina y espumosa por un plano inclinado de 18 grados. Cuando es más caudalosa, esta loma de agua, despeñada en una serie de brillantes rápidos, tiene

cerca de setenta pies de anchura, dividiéndola en tres ramas otros tantos canales paralelos que encuentra al paso. Estos canales, abiertos por la misma corriente, que ha ido resquebrajando sin tregua el duro suelo, son de diferentes anchuras y ligeramente sinuosos, viéndose en ellos grandes fragmentos de roca arrastrados y redondeados por la acción del agua a la cual oponen una barrera que la irrita y la desvía a trechos de su curso. Al llegar al despeñadero, dividese la corriente formando a la izquierda un salto vertical de ochenta pies en un poético recodo al que da sombra una frondosa vegetación, en tanto que a la derecha forma una impetuosa cascada.

También allí los rayos de la luna juguetean en el vapor acuoso, dando nacimiento a una multitud de esplendidos arreboles, no tan vivos como los del sol, pero no menos hermosos y claramente definidos. Es un precioso espectáculo del cual puede gozarse todas las noches al pie de la cascada Yosemite superior, brillando en medio de la densa lobreguez del cañón con el fulgor de la luna reflejado en el vapor del agua. No puede darse un cuadro más adecuado para representar la profunda calma de la naturaleza. Hay ocasiones en que llegan a distinguirse dos arcoiris en vez de uno.

El mejor punto para observarlos es el llamado la Orilla de los Helechos. Al salir la luna el arco tiene por espacio de algún tiempo cerca de 500 pies de diámetro y aparece en sentido vertical, con una punta sumergida en el fondo de la hirviente espuma y la otra descansando en el extremo de la cascada. A medida que la luna va subiendo, el arco va rebajándose é inclinándose. Como quiera que sea, aquel

arco inmenso, resplandeciendo con tan suaves colores en medio de unas sombras tan densas y temerosas y del formidable estruendo de la cascada es uno de los más imponentes evangelios de las montañas.

Otra escena de salvaje grandiosidad, bien que no exenta de peligros, puede contemplarse desde la parte posterior de la cascada cuando la luna aparece iluminándola por uno de sus extremos. Una noche, después de recrearme largo rato escuchando el himno del agua y contemplando la formación del rutilante arco, eché a andar por la angosta orilla del abismo que se extiende detrás del salto desde la de los Helechos, solazándome en observar la misteriosa grandeza del cuadro. Desde allí me era dado gozar del aspecto exterior de aquella finísima gasa teniendo enfrente la luz que ponía de manifiesto sus primores.

Deseoso de contemplar la luna al través de las mallas de alguna de las partes más densas de la cascada, lleguéme a ella como pude, sin curarme de imaginar las consecuencias que podría producir la acción del viento azotando de frente el agua.

Entonces disfruté de un espectáculo embelesador. En todas partes resonaba a mi alrededor una hechicera y salvaje armonía, en tanto que la luna parecía pugnar por abrirse paso entre las turbulentas aguas en las cuales quebraba sus rayos vistiéndolas de mil arrebolados reflejos. Aquel contraste entre la lobreguez de los costados del torrente y la espléndida iluminación de la cascada tenía un hechizo que recordaba las más fantásticas escenas de los cuentos de hadas; mas, como en ellas, la reacción no se hizo esperar. De súbito apagóse la luz y encontréme

rodeado de profundas tinieblas. Al mismo tiempo sentí caer sobre mis espaldas un diluvio de guijarros que vistos a cierta distancia parecían de todo punto inofensivos, pero entonces se me antojaron singularmente duros y pesados. Avanzando a gatas en medio de la oscuridad fui a refugiarme en un ángulo de la peña y allí me acurruqué escondiendo la cara entre las rodillas. No parecía sino que las rocas más enormes chocaban entre sí cual si se hubieran convertido en cantos rodados produciendo un estrépito espantoso.

¡Cuántos y cuán graves pensamientos le ocurren a uno en tales instantes! Todo se me volvía pensar en el medio de evadirme de aquel sitio en donde había pasado tan deliciosos momentos y calcular las probabilidades de salvación que las circunstancias del caso me ofrecían. La corriente era muy caudalosa y mi suerte pendía de un fenómeno tan azaroso como una ráfaga de viento. Por fortuna éste cambió de dirección cesando de batir el agua de frente. Merced a este cambio, favorecióme también la luna con algunos destellos de luz cuya extremada fugacidad no me permitió por cierto apresurar mi huida.

Temeroso de caerme, alejéme lentamente y con suma precaución, tomando la misma senda por donde había venido; me arrimé a una peña y pegado a ella estuve, sin atreverme a dar un paso, hasta que la luz hubo recobrado definitivamente su imperio. Entonces, con los nervios crispados y todo el cuerpo entumecido y calado hasta los huesos, hice un acopio de ramas secas y hojarasca, encendí una pequeña hoguera, y cuando me hube calentado eché a correr hacia mi cabaña, entrando en ella a punto

que despuntaban en Oriente los primeros destellos del alba. Un par de horas de descanso bastaron para reponerme de las fatigas de la noche, y aun me atrevo a decir que éstas y el baño que tan impensada é involuntariamente había tomado me sentaron a maravilla, pues aquel día me levanté más ágil y vigoroso que nunca.

Gracias a la inclinación del valle hacia Occidente y a su grande profundidad, nótase una excesiva diferencia de clima entre su región septentrional y la meridional. Ésta se halla constantemente cubierta de sombra durante el invierno, mientras que aquélla se ve bañada por los rayos solares en todos los días serenos; así es que en la una se disfruta de una deliciosa temperatura primaveral en tanto que en la otra se sufren los rigores de un crudo invierno. Entre los grandes peñascos del Norte encuéntranse muchos recodos alfombrados de flores que nacen y se conservan a su abrigo embalsamando en todos los meses del año la tibia atmósfera que las rodea. Vense asimismo en aquellos elevados jardines de invierno muchas mariposas que no emigran sino al aproximarse la tempestad, volviendo algunos días después de haber cesado por completo. Cerca de la cascada Yosemite inferior encontré en el mes de Enero a las hormigas leones en acecho, las rocas vestidas de helechos, el pie de lobo o azufre vegetal y el laurel cubiertos de flores, y la madreselva ostentando ya un nuevo follaje. Todas las plantas parecían despertar de su letargo cual si ya sintiesen la aproximación del estío. Aun en la parte umbrosa del valle no son muy intensas las heladas. La temperatura más baja que he observado durante cuatro inviernos fue de + 7°. Los primeros vein-

ticuatro días de Enero fue, por término medio, a las 8 de la mañana de 32° (mínimum 22°) y a las 3 de la tarde 40° 30' (mínimum 32°).

Durante el invierno la espuma de la cascada Yosemite superior hiélase al caer y forma al pie del despeñadero un cono truncado vacío, que a veces alcanza más de 500 pies de altura, y al cual se precipita estruendosamente el agua como al cráter de un volcán. Una gran parte de esta espuma cae sobre las peñas a entrambos lados de la cascada, cubriéndolas de un manto de hielo que por la noche tiene más de un pie de espesor. Cuando le da el sol se raja y desprende rodando hasta la base del cono; pero cuando sopla impetuoso el viento y es fuerte la helada, todas esas masas diseminadas de hielo se unen formando un cuerpo compacto. La caída de estas masas suele ocurrir a intervalos de pocos minutos, causando un estrépito cuya repercusión por los ecos del torrente es en invierno uno de los ruidos más característicos del valle y el constante acompañamiento de los rayos solares. Mientras se va formando el cono presenta una superficie inmaculada que lo asemeja a un cerro de cristal festoneado de espuma que lo adorna de ricos cambiantes. En cambio, en la primavera, cuando empieza a henderse y derrumbarse, se le ve cubierto de hojas, ramas, piedras, arena, etc., arrojadas por el viento a la cascada y arrastradas por ésta al abismo, transformándose la preciosa colina de cristal en un montón de detritus.

Cuando el cráter ha engullido y revuelto las aguas en su tempestuoso seno, salen por el arco abierto en la base del cono, tan presurosas que parecen escapar con gozo de una

prisión donde fueron rudamente azotadas salpicando con su espuma las rocas, la hierba y los matorrales de la orilla.

Deseando estudiar la estructura de aquella curiosa colina de hielo, probé de encaramarme a ella proveyéndome de una hacha para abrir en su resbaladiza superficie algunas pequeñas hendiduras donde sentar con seguridad la planta. Aún no había llegado a la base, cuando me vi envuelto en una nube de vapor acuoso arremolinado por el viento, tan densa y furiosa, que literalmente me cortó la respiración. No tuve más remedio que retroceder y dar un rodeo, acercándome por un camino en el cual era mucho menos sensible aquella ráfaga de viento huracanado. De este modo llegué hasta la cúspide, no sin pararme de cuando en cuando, para echar una ojeada a los alrededores al través de los torbellinos de húmeda neblina que me rodeaban, para escuchar el sublime fragor que retumbaba a mis pies haciendo resonar toda la colina como un tambor inmenso. Yo alimentaba la esperanza de que la cascada se despeñaría en un sentido bastante oblicuo para permitirme llegar hasta el borde del cráter y dirigir una mirada a sus entrañas; pero un sofocante remolino de aire y agua me desanimó por completo haciéndome desistir de mi propósito. Todo el cono vibraba a su impulso y yo temblaba, sin poderlo remediar, temiendo que se desplomase de un momento a otro. De pronto cruzaron el aire algunos fragmentos de hielo arrebatados por el torbellino, y como dio la casualidad que pasaron muy cerca de mí, apresuréme a tocar retirada aterido de frío y chorreándome el agua por todo el cuerpo, y corrí a secarme en una peña iluminada de lleno por los rayos solares.

El Velo nupcial, la Yosemite superior y la Tuceu-la-la del Hetch Hetchy, el cañón más cercano por la parte Norte, a causa de su altura y de su situación, son constantemente azotadas por los vientos. Los que en verano suben de la llanura por el cañón del río no suelen ser impetuosos, a lo que contribuye lo que debilitan su fuerza las fragosidades que encuentran en el camino. En cambio, en invierno, los vientos del Norte dejan profunda huella de su paso, desparramando a derecha é izquierda la corriente de las cascadas, despedazando muchos árboles de las selvas y colgando nevadas banderas de una milla de longitud de los picos más altos de la cordillera. Una mañana me despertó el estruendo de los pinos próximos a mi cabaña, salí a averiguar la causa de ello y vi que el viento Norte había tomado posesión del valle con unos rujidos tan terribles que no fueran mayores los de un mar tempestuoso, y doblando los pinos más recios de la selva, cual pudiera hacerlo con los flexibles troncos de una alameda. El valle había sido recientemente visitado por una serie de tempestades de nieve, y el suelo, las peñas y toda la región circunvecina se habían visto pródigamente enriquecidas con las joyas más preciosas del invierno. Las rocas, los árboles, las praderas, todo en fin, estaba cubierto de flores y la atmósfera saturada de aromas, porque el aire esparcía por todos lados el oloroso polen de las plantas.

El viento aumentó durante el día. La nieve estaba cubierta de ramas, bellotas y piñas, y las cascadas, sin exceptuar las más caudalosas, veían sus aguas esparcidas y arrebatadas por los aires cual si fuesen un ligero velo de niebla. Por la mañana, la grande columna de la Yosemite

superior, cuyo volumen había aumentado con la última nevada, fue embestida por una tremenda ráfaga de viento que interrumpió su curso llegando a pararla al borde mismo del despeñadero cual si a todo trance quisiese impedirle la entrada en el valle. Fue obra de diez o quince minutos, pasados los cuales hubo un período de relativa calma y la corriente prosiguió su majestuosa marcha. En medio de aquellas violentas sacudidas, de aquellas forzadas inflexiones y aquellos confusos torbellinos véianse iluminadas las aguas por los tranquilos rayos de la luna, que se quebraban y serpenteaban entre las delicadas agujas esculpidas por la nieve en las crestas de los peñascos. La cascada inferior, aunque menos expuesta a las injurias del viento, fue reciamente azotada y despedazada en su angosto cañón. A ratos aparecía como una refulgente masa de arreboles surgida del fondo del abismo como si se hubiesen juntado un centenar de arcoiris de cuatrocientos a quinientos pies de diámetro.

Por la tarde, mientras contemplaba la cascada superior desde un próximo pinar, presencié un fenómeno por todo extremo curioso. El agua se detuvo repentinamente en su descenso a la mitad del camino, sin ladearse a derecha ni a izquierda y quedando suspensa en el aire como si de improviso hubiese cesado de obrar la fuerza de gravitación. Aquella masa líquida tan descomunal que pesaba centenares de toneladas, permaneció un rato quieta, inmovilizada; dándome tiempo para contar hasta 190, cual si fuera un liviano puñado de algodón. Entretanto la corriente iba formando un cono irregular de 700 pies de altura que parecía descansar en el vigoroso é invisible brazo del

viento. De pronto, como obedeciendo a una voz de mando, abrióse por todos lados y el agua contenida en su interior se abrió paso por cien distintos canales bajando por el torrente con tumultuosa furia.

La cima del Capitán estaba ornada de largas flámulas de nieve, el Cloud's Rest envuelto en un velo formado de una multitud de flecos o hilos volantes caprichosamente unidos a modo de telaraña, y la Media Naranja divisábase en lontananza circundada de un nimbo deslumbrador como un ser sobrenatural cubierto de una gasa tejida por el viento. El choque de las corrientes en las alturas hacía aparecer a ratos en su cumbre un vaporoso penacho que la asemejaba a un volcán.

En verdad es un espectáculo arrobador el de esas rocas y esas aguas azotadas por la tempestad u ostentando sus galas en los días de calma; pero es mucho más embelesador todavía el que cuando reina un tiempo apacible ofrecen las hondonadas, los desfiladeros y los cañones repitiendo por doquier el armonioso himno de las aguas.

Durante los varios inviernos que pasé en el valle sólo una vez he visto a la Yosemite despeñando toda su caudalosa corriente. En 1871 se inauguró el invierno con un tiempo delicioso: los días eran claros y serenos, las noches constantemente iluminadas por la luna que mostraba los helechos y las hierbas cubiertas de una capa cristalina, primorosa labor de la escarcha. La tarde del 16 de Diciembre, mientras estaba dando un paseo por las praderas, divisé una inmensa y aislada nube carmesí que iba formándose sobre las rocas de la Catedral, tan notable por su forma como por la riqueza y esplendor de sus visos. Su

base era semejante a la de un añoso sequoia, y continuando más arriba la imagen de este gigantesco vegetal, seguía luego un tronco liso y una copa doblada a la manera de los hongos; todo de un transparente color carmesí. Impulsado por el afán de inquirir lo que podía augurar aquella nube tan especial y solitaria, subí dos veces a las alturas muy de mañana escrutando el horizonte por los cuatro puntos cardinales y no advertí novedad alguna. A la tarde aparecieron, y desarrolláronse rápidamente unas nubes grises, rizadas y compactas como la madera del acebuche, y al cerrar la noche cayó una copiosa lluvia presto convertida en nevada. Al rayar el alba cubría los prados una capa de nieve de diez pulgadas de espesor y aún continuaba cayendo sin tregua en espesos copos.

Durante la noche del 18 cayó sobre la nieve una lluvia torrencial; con todo, la temperatura era de 34°, la nieve no llegaba sino hasta algunos centenares de pies sobre el fondo del valle, y para llegar a esa región, evitando los furiosos torrentes de las montañas, no tenía que andar un gran trecho. Estos, por otra parte, en vez de engrosar con la tempestad, habían menguado notablemente, porque la nieve había absorbido mucha agua y cegado los pequeños tributarios. Hacia la media noche subió de improviso la temperatura a 42°, retrocediendo la nieve a una gran distancia del valle, hasta la cresta de la cordillera, y al rayar el alba descendía estruendosamente el Yosemite arrastrando un extraordinario caudal de agua. La tibia y copiosa lluvia caída durante la noche y el viento templado que al mismo tiempo soplaba produjeron un rápido

deshielo, y la nieve al derretirse fue arrastrada y precipitada por las laderas de los montes, amontonándose y atropellándose las olas hasta que se despeñaban al fondo del valle como un alud de estupendas proporciones.

Despertado por aquel inmenso fragor, salí de mi cabaña echando de ver desde luego el extraordinario carácter de la tempestad que ante mis ojos se desencadenaba. La lluvia seguía cayendo a torrentes y el viento rugía con la fiereza y el ímpetu de un verdadero huracán. La región del Norte estaba cubierta de una red de cascadas circunstancialmente nacidas de aquel diluvio.

Ansioso por contemplar de cerca tan imponente espectáculo, cogí un pedazo de pan para desayunarme y alejéme de mi cabaña a la carrera. Las aguas parecían triscar de júbilo al verse libres de su prisión de hielo. Las dos cascadas del Centinela emulaban con las más grandiosas, y desde los Tres Hermanos divisé tantas en todas direcciones que no me fue dable contarlas. El valle se estremecía y retemblaba al fragor de aquellos innumerables saltos de agua, semejante al espantable rugido de la mar embravecida.

Al principio miré en torno sin saber qué partido tomar, porque en medio de tanto estruendo estaba literalmente desorientado. Por último resolví subir a las praderas superiores, en donde el valle es más espacioso, considerando que desde allí gozaría de más holgadas perspectivas. Pero las praderas estaban inundadas formando como un lago salpicado de islas azules, y cortábame el paso un sinnúmero de corrientes que se precipitaban tumultuosamente batiendo furiosas las peñas y los troncos de los árboles en

los mismos parajes donde poco antes embalsamaban el ambiente una multitud de lirios recién nacidos.

Encaramándome a una ladera en la cual las corrientes rompían contra un gran montón de guijarros, logré cruzar los arroyos y dirigirme por la parte superior del valle a Hutching's Bridge, en donde atravesé el río, encontrándome en medio de la pradera superior. Desde allí se descubría la mayor parte de las nuevas cascadas, espectáculo que, en su género, seguramente no ha tenido rival en el mundo. En esta parte de la región meridional, entre Hutching's y el Centinela, había diez cascadas despeñándose fragorosas desde la altura de 3,000 pies y la más pequeña de las cuales podía oírse a varias millas de distancia. En las cercanías de Glacier Point había seis; entre los Tres Hermanos y el Yosemite, nueve; entre el Yosemite y las cascadas del Arco Real, diez; de la columna de Washington al monte Watkins, diez; en las faldas de la Media Naranja, en frente del lago del Espejo, ocho; en la espalda de la Media Naranja, frente al valle, tres; 56 nuevas cascadas saltaban en el extremo superior de éste, y una infinidad de arroyos brillaba por todos lados cubriendo la tierra como una red de plata. Era un despilfarro de estrépito y de poesía que me sugirió la idea de haberse juntado todas las aguas del valle para celebrar con tan ostentosa manifestación algún grande acontecimiento.

Cuantos han visitado el valle durante el verano recordarán las belenmitas 6 piedras del rayo de la cascada Yosemite y los lazos del Velo nupcial y la Nevada. En las que improvisan las tempestades de invierno abundan más estos últimos, pero tampoco faltan en ellas las belenmitas.

La parte inferior de una de las cascadas del Centinela se componía de dos blancas masas, parecidas a dos fustes de columna, unidas por una gasa primorosamente bordada de perlas y al través de la cual apenas podía verse la roca purpúrea cenicienta del fondo. Las cascadas situadas más arriba del Glacier Point son de estructura más complicada todavía, pues presentan todas las formas imaginables en su curso, en sus choques y en su caída. Las del lado Norte, entre la columna de Washington y el Arco Real están de tal modo situadas que parecen formar una sola loma de agua y no las separa sino una corta distancia de las del Cañón Indio. El grupo cercano a los Tres Hermanos y el Capitán, por efecto de la topografía y de las hendiduras de las rocas por donde resbalan, son ya más irregulares. Las del Tissiack son comparativamente pequeñas, pero tienen suficiente poder para dotar de una voz atronadora a aquel augusto peñasco. En medio de tal estrépito apenas podía oírse la de la cascada Yosemite hasta las tres de la tarde, a cuya hora se oyó un súbito estruendo semejante al de un alud desprendido de la cumbre del monte. Era la corriente del Yosemite, retardada en su camino por los hielos, y cuyo caudal, decuplicado a la sazón, le adjudicaba la jefatura de aquel imponente coro. No había en ninguna parte una gota de agua inerte o silenciosa: toda tomaba parte en aquel himno sublime con sus cantos o con sus rugidos.

También los vientos cantaban jugueteando en el follaje de los árboles, embistiendo las enhiestas cumbres, silbando entre las peñascosas almenas de la cordillera, desviados a trechos de su camino y fraccionados en mil despeñadas corrientes que rodaban en torbellino al fondo del

valle. Desde allí erguíanse de nuevo subiendo hasta las unbes, en cuyo seno abrían inmensas cavernas, rasgándolas y dispersando por el espacio sus deshilachados girones. Esta obra devastadora era una guía excelente para mostrarnos el camino que hacía el viento por los aires.

Como por impulso de su propia iniciativa, aparecía a veces una nube cerniéndose sobre el valle, y luego erraba a lo largo de las praderas y en torno de los cerros y los pinares y complacíase en poner de relieve la belleza de los árboles iluminando el fondo de la perspectiva con sus brillantes reflejos, mientras todos los vegetales ondulaban en cadenciosa armonía. A veces, mientras se condensaban y adelgazaban estas nubecillas convirtiéndose en vaporosas gasas, la mitad del valle quedaba súbitamente velada viéndose acá y acullá alguna eminencia lóbrega, espectral, que se confundía con las nubes.

Durante las cuarenta y ocho horas que duró aquella terrible tempestad no vi que tuviese espectadores: ni un ser humano, ni un pájaro, ni un oso, ni una ardilla. Los turistas habían emigrado hacía meses y los que trabajaban en el valle estaban cuidadosamente encerrados en sus viviendas, contentándose con el panorama que descubrían desde la ventana. Los osos debían de estar escondidos en sus cavernas, las ardillas en sus guaridas, los gallos monteses en los abetos y los pajarillos en el chaparral. Lo que más me extrañó fue no encontrar ninguna palmipeda de la familia de los bañadores que tanto se goza en las tempestades.

La fantasía humana es incapaz de concebir un cuadro más sublime que aquel alarde ostentoso de la Naturaleza

al cual contribuían de consumo las nubes, los vientos, las rocas y las aguas. Las escenas eran tantas como las localidades, variando de carácter en cada una de ellas; pero en todas cantaban los vientos y las aguas, en todas improvisaban las nubes preciosas vistas. En Heich Hetchy, en las márgenes del río King y en todos los demás valles y cañones de la sierra, desde Shasta a las fuentes más meridionales del Kern, veíanse por todos lados los saltos de agua en una extensión de quinientas millas. ¡Qué himno aquél!

El valle del Tuolumne superior es el más espacioso y ameno de la alta sierra al par que el menos quebrado y fragoso. Unido al Yosemite por dos buenos caminos ya las naciones civilizadas por una excelente carretera que va desde el Yosemite al monte Hoffman, es el más accesible de todos. Hallase situado en el corazón de la sierra, a una altura de 8.500 a 9.000 pies sobre el nivel del mar y a menos de diez millas del límite Nordeste de los terrenos reservados del Yosemite. Confina al Suroeste con la cenicienta, dentellada y pintoresca cordillera de la Catedral, que extiende hacia el Sureste, desde el pico de la Catedral hasta los montes Lyell y Pitter, las cumbres culminantes de la gran masa de montañas nevadas que forman la llamada corona de la sierra; al Noreste por una parecida cordillera o estribación cuya cima más elevada es el monte Conness; al Este por los majestuosos montes Dana, Gibbs, Orde y otros en el eje de la cordillera principal, y al Oeste, por las ondosas peñas sobre las cuales descuellan las riscosas masas del ya citado monte Hoffman. En el fondo y al través de la llanura bañada por el sol, corre el cristalino Tuolumne, refrescado por las

fuentes que manan en las escondidas soledades de las alturas, sobre todo al Norte del monte Lyell y el monte MacClure.

A lo largo del río hay una serie de hermosas praderas que se extienden casi sin interrupción del uno al otro extremo del valle, ocupando un espacio de doce millas y formando una suave pendiente al pie de las majestuosas montañas que parecen contemplarlas desde las serenas alturas donde se esconden sus picos entre las nubes. Cruzazan de parte a parte la alfombra de los prados unas estrechas fajas de pinos, y de cuando en cuando encuentranse tupidas arboledas, grandes peñascos procedentes de antiguos ventisqueros y troncos de árboles despeñados de las cumbres por el derrumbamiento de los aludes; pero en algunos puntos, el terreno es tan llano y despojado que puede pasear por él de frente un centenar de jinetes.

La sección inferior de la región principal de las paraderas tiene unas cuatro millas de largo y cerca de media milla de ancho; más por término medio la anchura del valle es de unas ocho millas. Siguiendo el curso del río, encontramos que se bifurca una milla más arriba de las fuentes Soda, que están situadas en la margen izquierda, frente al camino de la Catedral, dirigiéndose el brazo mayor hacia el Sur, en dirección al monte Lyell, y el otro hacia el Este, donde están los montes Dana y Gibbs. Uno y otro tienen las riberas cubiertas por la alfombra del prado. Sus secciones más hermosas se extienden sobre unas cuencas lacustres que las aguas del río han ido paulatinamente llenando. Aún existen algunos de estos lagos, que por cierto son de escasa profundidad y parecen próximos

a secarse. El musgo que alfombra el suelo es extraordinariamente bello y sedoso, sin malas hierbas ni zarzas y esmaltado por un sinúmero de preciosas florecillas, entre las cuales abundan especialmente las pequeñas margaritas, las yvas y las rosadas campanillas de los diminutos jacintos. En las márgenes del río y de sus tributarios se encuentran casiopeas y bryantus en unos parajes en donde el musgo forma rizados relieves y junto a las eminencias formadas por el amontonamiento de los guijarros. La hierba que más abunda en estas praderas es una delicada *calamagrostis* de hojas muy finas. Cuando está en flor parece sino que el suelo se halla cubierto de una niebla de color de púrpura bajo. Los tallos de las espiguetas formadas por aquellas florecillas silvestres son tan delgados, que casi llegan a hacerse invisibles y al pisarlos no se advierte su existencia.

A lo largo de los lindes de las praderas, debajo de los pinares y al través de la mayor parte del valle, crecen en abundancia unas hierbas muy altas y hojosas, principalmente el bromo, la grama y las agrostidas.

En el mes de Octubre hiela todas las noches, y al salir el sol las hojas de los vegetales, cubiertas de una capa de cristal, ofrecen un espectáculo por todo extremo curioso. Los días son apacibles y templados y las abejas y las mariposas continúan revoloteando y zumbando en torno de las flores recientemente abiertas, hasta la llegada de la nieve, que suele ocurrir en Noviembre. Entonces las tempestades se suceden sin interrupción, inundando las praderas, que se convierten en lagos de diez a veinte pies de profundidad, en tanto que desde las enhiestas cumbres se

despeñan fragorosos los aludes, formando inmensos montones de nieve mezclada con los árboles y las peñas que arrancaron de cuajo al rodar por las faldas del monte.

En la solana la nieve dura hasta el mes de Junio; pero la nueva vegetación no florece por lo común hasta muy avanzado el de Julio. Yo tengo para mí que la época mejor para visitar el valle es en Agosto. Entonces la nieve se ha derretido, las praderas están secas y disfrútase en ellas de una tibia temperatura; la atmósfera está serena, bañada por el sol, apacible y risueña, y las raras nubes que empañan el cielo y los ligeros chubascos que a veces regalan, no producen otro efecto que aumentar el fresco en el aire, la fragancia de las flores y la belleza del paisaje.

Las espesuras circunvecinas de las fuentes Soda son los sitios más frecuentados por los turistas, que acampan en esos parajes, así por lo fresca y agradable que es allí el ambiente, como por la magnífica perspectiva de las montañas —el Ventisquero, el Pico de la Catedral, las Agujas de la Catedral, el Pico del Unicornio— y otra infinidad de cumbres que se alzan sobre las frondosas selvas situadas a la izquierda del antiguo ventisquero Tuolumne. Este, por su extensión y profundidad, contribuye mucho a caracterizar aquella región de la sierra. Pero, a lo largo de las praderas, hay muchos sitios a propósito para establecer un campamento, de modo que en verano puede irse todos los días de una a otra disfrutando así de una gran variedad de panoramas.

Cuatro son las principales excursiones que desde allí pueden hacerse, a saber, a las cumbres de los montes Dana y Lyell; al lago Mono y a los volcanes, atravesando el

Cañón Sangriento, y al gran Cañón Tuolumne, hasta el pie de las grandes cascadas. Todas estas excursiones son magníficas y fecundas en sorpresas por todo extremo agradables; pero quizá no hay ninguna que produzca en el ánimo un embeleso comparable al que se experimenta errando por las márgenes del río cubiertas de la aterciopelada alfombra de la pradera, compartiendo la luz y el puro ambiente con los árboles y las montañas y participando de la calma de la naturaleza en aquellas majestuosas soledades.

La excursión a la cima del monte Dana es sumamente fácil, pues si bien tiene ésta una altura de 13.000 pies, la falda occidental forma un declive tan suave que puede subirse toda a caballo. Al través de una multitud de rápidas corrientes, presenta aquella florida senda una infinidad de sublimes perspectivas, raras veces veladas por los primeros términos. A medida que va subiéndose van apareciendo nuevas montañas que enriquecen el paisaje con mayor número de quebradas y fragosidades; un pico descuella sobre otro pico, haciendo gala de su peculiar arquitectura y de sus nevadas fuentes, variadas hasta lo infinito por sus condiciones topográficas, de luz y de sombra.

Descúbrense desde allí los inmensos peñascales que indican la situación de antiguos ventisqueros, desenvolviéndose en graciosas curvas desde el fondo de los abismos y presentando un aspecto regular y en apariencia ordenado que recuerda los terraplenes de los ferrocarriles. Más allá atraen nuestras miradas las brillantes ondula-

ciones del suelo, bruñido ha mil años por heladas corrientes.

Hacia la base de la montaña adviértese lo desmedrados que son los árboles, hasta que a una altura de 11,000 pies se encuentra una capa de fragmentos de la blanca corteza de los pinos, tan apretada por diez o veinte pies de nieve acumulada todos los inviernos por espacio de siglos, que al pasar por allí parece que uno va pisando alfombras. Allí veríais cuán vivaz y animoso es en tales sitios ese árbol montaraz, que no tiene más de cuatro pies de alto y algunas pulgadas de diámetro, contando ya tres o cuatro siglos de edad, y sin embargo, está bravamente apegado a la vida, agitando alegremente sus ramillas a merced de la brisa y absorbiendo los rayos del sol que hacen madurar sus hermosas bellotas purpúreas, como si estuviese dotado de una vida eterna.

El panorama que se descubre desde la cima es uno de los más extensos y sublimes que ofrece la cordillera. Por el lado de Oriente divísase allende los abrasados desiertos y las montañas de la gran cuenca una serie de cordilleras cuyos suaves contornos se dibujan en lontananza, ostentando hermosos tintes azulados y purpúreos. A más de seis mil pies de profundidad podéis contemplar el Lago Mono, el cual, contáis el monte donde estáis situados. Tiene diez millas de diámetro de Norte a Sur y catorce de Este a Oeste, pero parece casi circular mostrándose en el desnudo desierto como un disco de bruñido metal azotado a veces por los tempestuosos vientos de las montañas que encrespan sus aguas vistiéndolas de espuma. Al Sur del lago vese una cordillera de cenicientos volcanes, hoy apa-

gados, y aunque el más risco so de ellos se alza a casi dos mil pies sobre el nivel del agua podéis echar una mirada al interior de sus cráteres desde los cuales, en una época relativamente próxima, brotaban llamas y cenizas.

Hacia el Oeste se divisa una multitud de nevadas cumbres separadas entre sí por un laberinto de cañones y entre las cuales se extienden varias fajas de arboleda, en tanto que en primer término se perciben algunos pequeños lagos y praderas. Al Norte y al Sur álzanse altaneros los dentellados picos alineados a lo largo del eje de la cordillera y en algunos puntos agrupados como los árboles en la selva formando paisajes de salvaje y asombrosa magnificencia, tranquilos y silenciosos como el escenario de los cielos.

Desde allí pueden verse ocho ventisqueros. Uno de ellos es el de Dana, situado al Noreste de la montaña, al pie de un precipicio que tiene unos mil pies de profundidad. Un poco más abajo hay un hermoso lago, cuyas aguas, de color verde claro, son uno de los muchos y muy achicados vestigios del vasto sistema glacial de la sierra, que antaño llenaba todos los valles y abismos de las montañas y cubría las cimas menos elevadas debajo de los inmediatos manantiales que corrían a derecha e izquierda de la cordillera pródigamente alimentadas por las nieves del período glacial.

En la excursión al monte Lyell puede llegarse cómodamente hasta el pie del monte a caballo siguiendo las sinuosidades del río. Pasado el punto donde éste hace su bifurcación vuélvese al Sur costeando el brazo Lyell del valle que pasa por un paraje bastante angosto y profundo

para merecer el nombre de cañón. El terreno llano de la pradera tiene unas 300 x 200 yardas de extensión y lo limitan unos tajos de granito ceniciento coronados por un pinar que cruzan en varios puntos los barrancos de los aludes. Hacia el extremo superior del cañón se descubre la cima de la grande sierra, que es un sublime y armonioso cuadro. Aparece en primer término la purpúrea pradera listada por varias hileras de sauces y en segundo término unas grandes lomas de granito que forman la base de la masa general de la montaña franjeadas de oscuras arboledas, siempre cubiertas de nieve, excepto en otoño.

Una milla más arriba hay un paraje muy a propósito para establecer un campamento, en la margen oriental del río. Allí puede hacerse alto gozando de la vista y armonía de una preciosa cascada que se despeña del tajado muro del cañón. Siguiendo por allí la ascensión hay que trepar con cautela; pero no son tan grandes la dificultad y el peligro que puedan ser parte a arredrar a un turista de vigor y habilidad regulares, en tanto que el panorama que se descubre desde la cima es sobre toda ponderación espléndido y admirable. Hacia el Norte hay el monte Mammoth, los montes Gibbs, Dana, Warren, Couness y muchos otros; al Sureste la bravía y dentellada cresta del monte Ritter y los Alminares; al Suroeste la línea divisoria de la cordillera entre el brazo septentrional del San Joaquín y el río Merced, uniéndose al grupo de picos que dan nacimiento a las fuentes principales del ramal Illilouette del río Merced; al Noroeste se extienden las alturas de la Catedral. Todas estas estribaciones vienen a espirar a sus pies, semejando otras tantas cordilleras y agrupándose en

admirables combinaciones, en tanto que, apiñados y confundidos con ellas, se ve un sin número de anfiteatros, cañones y masas secundarias haciendo gala de sus lagos, ventisqueros y campos de nieve.

Haciendo la ascensión en Junio o en Octubre, el ventisquero es muy accesible, porque entonces el manto de nieve que cubre el suelo es suave y en gran parte ya derretido. Pero en mitad del verano es una operación sumamente fastidiosa, por cuanto el hielo forma una multitud de capas tan bellas como resbaladizas. Todas se inclinan hacia el borde del ventisquero formando con perfecta regularidad una multitud de ángulos rectos y separados entre sí por zanjas de tres pies de profundidad. No puede darse un espectáculo más interesante para el turista que da un paseo alrededor de un ventisquero así esculpido y exornado.

El monte Lyell tiene como una milla de ancho y próximamente otro tanto de largo; mas ofrece al espectador todos los rasgos característicos que suelen buscarse en esos parajes: peñascales, hondonadas, oteros, venas azules, etc. Las corrientes que manan de ese gran depósito de nieve salen enturbiadas por el musgo de las rocas y su incesante acción bruñe y pulimenta el duro lecho que las encauza.

Sin duda alguna es el más interesante de todos, como el más elevado de los que nos quedan de la región del Tuolumne, cuyos vestigios aún se vislumbran a cincuenta millas de distancia y cuya influencia tan hondamente impresa se ve en el paisaje. El Mac Clure, en otro tiempo tributario del Lyell, es mucho más pequeño. Hace diez y

ocho años hice una serie de expediciones para determinar el promedio de su velocidad y, a fines de verano, encontré que en medio del ventisquero bajaba el nivel de la nieve poco más de una pulgada en el espacio de veinticuatro horas.

Basta un día para trasladarse de las fuentes Soda al Mono; pero el cañón Sangriento es en verdad harto fragoso para las caballerías. Con todo, ofrece un espectáculo por todo extremo salvaje e interesante, y nadie se ha arrepentido de haber pasado algunos días en las orillas del lago o visitando sus islas y volcanes.

Bajando el gran cañón del Tuolumne pueden llevarse las cabalgaduras del diestro hasta una herbosa cuenca que fué antaño el lecho de un lago y está situado más abajo del sendero del Creek Virginia. Desde este punto, el turista habituado a recorrer aquel terreno tan quebrado a consecuencia de los terremotos y alfombrado por el chaparral del cañón, puede llegar muy fácilmente hasta las grandes cascadas y volver al campamento en un día. Sin embargo, como no todos son capaces de hacerlo, es mucho mejor emprender cómodamente la expedición yendo preparado a acampar en cualquier parte y gozar del maravilloso espectáculo que aquel punto de observación ofrece.

El cañón empieza cerca del extremo inferior de las praderas y se extiende hasta el valle Hetch Hetchy en un espacio de cerca 18 millas, aunque en realidad parece mucho más largo a los que trepan por él. Tiene de 1,200 a 5,000 pies de profundidad y es comparativamente estrecho; pero tiene algunas entradas bellas y espaciosas a manera de parques y en toda su extensión abundan las

maravillas que más hermosean y caracterizan los paisajes del Yosemite; las cúpulas, las rocas del Capitán, los Centinelas, los Arcos reales, las agujas de la Catedral, etc. Hasta hay otra Media Naranja, bien que no tan hermosa y sublime como la del Yosemite. También contiene un sinnúmero de cristalinas cascadas cuya corriente se enturbia al derretirse la nieve a principios de primavera. No son ni con mucho tan caudalosas como las del Yosemite y las del Hetch Hetchy; pero muchas de ellas son bellísimas, y en cualquier otro país se considerarían como grandes maravillas.

En el brazo principal del río hay cascadas y saltos de agua que superan en volumen, extensión y variedad a las de todos los demás cañones de la sierra. Las cascadas más fastuosas e interesantes se encuentran casi todas en la región superior del cañón, más arriba del punto donde empiezan los recodos Hoffman y de la Catedral. Por espacio de algunas millas el río corre veloz y tumultuoso desparramándose por un espacioso lecho de granito, atravesando los declives de los aludes, espumeando furioso entre los pedruscos que le cierran el paso, saltando al aire en torbellino, arremolinándose y llenando con su estrépito las cuencas y los desfiladeros de los montes.

Un turista ágil y robusto puede recorrer en ese punto en toda su longitud el cañón que allí empieza. Es una excursión en la cual no hay un solo paso monótono y fastidioso y a cuyo término se encuentra el valle Hetch Hetchy, el cual es otro Yosemite, aunque con notables diferencias que le caracterizan.

Muchos de los visitadores del valle Yosemite se figuran que no hay otro como él en la tierra. Estas negaciones absolutas son de todo punto inadmisibles, porque la Naturaleza es muy rica para agotar sus recursos en un solo alarde, por ostentoso que nos parezca. El explorador puede encontrar en esos lugares varios Yosemitas tan parecidos entre sí como un árbol a otro de la misma especie. Ocupan las mismas posiciones relativas en las faldas de los montes, han sido formados por iguales fuerzas e idénticas clases de granito y su vegetación, sus esculturas y saltos de agua tienen estrecha analogía con los del Yosemite.

El valle Hetch Hetchy ha sido a causa de esto denominado por mucho tiempo el Tuolumne Yosemite. Dícese que fué descubierto por un cazador llamado José Screech en 1850, un año antes de descubrirse el gran Merced Yosemite. Empieza en el extenso valle de este nombre y se extiende en dirección al Noroeste en un espacio de veinte millas y éntrase en él por una senda muy cómoda que parte de la vasta *Llanura de la Encina* en las praderas Bronson, algunas millas más abajo del *Llano de la Grulla*. Pero el mejor camino para el turista dotado de buenas piernas es el que cruza la divisoria de los dos valles. Viniendo del Yosemite por el cañón Indio o el cañón Cascada se atraviesa la peñascosa cuenca del *Yosemite Creek*, dóblase a la izquierda y dase la vuelta a las fuentes del brazo meridional del Tuolumne hasta el extremo superior del gran cañón de este nombre, algunas millas más arriba del punto donde comienza el Hetch Hetchy. Allí gozaréis de un panorama soberbio. A una profundidad

de más de 4,000 pies contemplaréis una hermosa llanura cruzada por una cinta de plata que en ciertas épocas del año aparece verde o amarillenta. La llanura es una sección de la pradera y la cinta el brazo mayor del río Tuolumne. En el lado opuesto del cañón vese una multitud de precipicios, cuyos bordes, ora igualmente escarpados, ora suavemente redondeados, recuerdan los del Yosemite, y desde allí extiéndese una serie de montañas cuyas cumbres forman una inmensa gradería y cuyo remate son los nevados picos de la cordillera. El del *Castillo* es el rey de estas altaneras cimas. No puede darse nada más bello y majestuoso que aquella eminencia vestida de luz y de nieve alzando al cielo sus innumerables agujas.

No es difícil el descenso al interior del cañón, porque se encuentran muchas veredas de osos desde los prados más altos hasta los verjeles silvestres del Hetch Hetchy, en los cuales abundan por cierto extraordinariamente las bellotas y toda suerte de bayas montesas. Al llegar a la margen del río sólo tiene que andarse un par de millas para llegar al terreno despejado. Entonces basta echar una mirada en torno para hacerse cargo de que aquella región es ni más ni menos que otro valle Yosemite. Así como éste lo atraviesa el río Merced, aquél es cruzado por el Tuolumne. El fondo del Yosemite está a unos 4,000 pies sobre el nivel del mar y el del Hetch Hetchy a unos 3,800 pies; y ambos valles están limitados por científicas eminencias de granito que forman grandes tajos a modo de murallas, con muy pocos fragmentos peñascosos en su base.

Aquel sitio fue en otro tiempo morada y fortaleza de indios suoldumneis, así como Ahwahne lo fue de los osos

grises. Híbridos de altiva en tal indio meridional, cerca del extremo inferior del valle, hay la célebre roca Kolana, la más avanzada del pintoresco grupo que corresponde allí al Yosemite de la Catedral, y en verdad que aquel de éste era excelente. Frente al roca Kolana, al Norte del valle, hay otra —1,800 pies, desnuda y brillante como el Capitolio—, y por cuyo borde resbala cuando casualmente formando la más graciosa cascada que han visto mis ojos. Su nombre indio es Tuiualia y no sé que le hayan puesto otro. Desde la orilla del despeñadero arrojase dando un salto de mil pies, y ya en el fondo del abismo desparámase formando como una red de saltos de agua entre las despedazadas peñas de un talud hecho por los terremotos. A fines de verano trae poca agua; pero en Mayo y Junio es verdaderamente soberbia. La única cascada que, a mi juicio, se le puede comparar, es el velo nupcial, pero sin duda le aventaja en apacible gracia. Si contempláis atentamente el velo nupcial, aun en mitad del estío, cuando empieza a menguar su caudal, observaréis que, en cuanto sopla con alguna fuerza el viento, ruje y espumea el agua con imponente braveza, en tanto que la otra es una cascada tranquila, majestuosa, que nunca se encrespa ni ruge como aquella. Pero el velo nupcial se halla situado en un umbrosor retiro al abrigo de los impetuosos vientos del valle, y las modificaciones que experimenta son debidas a corrientes y torbellinos irregulares, mientras que la Tuiualia, encontrándose en un punto despejado, expuesta constantemente a los rayos del sol, está a la merced de todos los vientos.

Los que no se han dedicado al estudio de estas corrientes montañosas figúrense que cuando escapan de sus fantásticas canales las apresina de serena turbulentas por el plano. Precisamente sucede todo lo contrario; en la inmensa sección de su curso avanzan con magnífica regularidad y calma. En los serenos días del mes de Junio los pinos se mueren como ahogados, y os encontraría materialmente tapados por la hierba y las flores que os circundan. Mirando al través del valle veis en medio de unas magníficas arboledas una desconocida y tajada peña de granito de 1,800 pies de altura que se levanta en medio de una opulenta vegetación verde y amarilla, brillando a la luz del sol enfrente de la cascada que aparece como una borrosa banda de plata. Al avanzar hasta el borde del abismo sus aguas llevan mucho ímpetu, pero se apaciguan muy pronto, quedando en serena calma, y es de ver entonces la limpieza y la delicada labor de aquel líquido tejido que los rayos solares tiñen de admirables colores. El agua corre, ondula y acaba por dormirse delante de aquel gran peñasco ceniciento, de modo que pueden observarse con toda comodidad su delicada urdimbre y sus variados modelos cual pudiera hacerse con una pieza de blonda. Es una maravillosa loma compuesta de aire melodioso, agua y luz solar combinadas armoniosamente y formando un conjunto parecido a la celeste vestidura que los poetas atribuyen a las almas.

La gran cascada Hetch Hetchy, llamada Wapama por los tucumneis, está en una región del valle semejante a la del Velo, y tan cerca de ésta que ambas pueden contemplarse a un tiempo. Tiene cerca de 1,800 pies de altura, y

mirada de frente parece casi vertical, aunque forma una pendiente asaz inclinada. Su situación es muy parecida a la de la cascada Yosemite, pero es mucho más caudalosa que ésta. Con dificultad se encontrarán dos cascadas tan diferentes como la Wapama y la Tuiualia, pues la una se despeña rugiente por un lóbrego desfiladero y la otra se desliza con suave murmullo y ostentando las delicadas gradaciones de sus visos cenicientos, morados y purpúreos. La una es la imagen de la calma y la otra recuerda el fragor del carro lanzado a la carrera por un terreno quebrado. De todas suertes, son las dos cascadas principales del valle, en el cual hay muchas de menor importancia que contribuyen a la armonía del conjunto.

El tajo de la Wapama es análogo en su diseño y detalles escultóricos al de la Yosemite. Cerca de ésta el áspero declive tiene dos abultados bancos que se extienden en dirección horizontal a 540 y a 1,050 pies sobre el lecho del valle. Dos bancos semejantes a éstos por su situación y sus formas se encuentran en el Hetch Hetchy. El extremo superior del Yosemite está cerrado por la Media Naranja y el mismo extremo lo cierra en el Hetch Hetchy una inmensa mole peñascosa. Ambos ocupan ángulos formados por la confluencia de dos espacios ventisqueros que han desaparecido desde ha mucho tiempo. Frente a la gran roca bifurca el río como el Merced en el Yosemite. El brazo derecho es el mayor y el Tuolumne, que nace en un ventisquero situado en la falda septentrional del monte Lyell y se precipita al llano encajonando el mayor de los cañones. No he seguido el brazo izquierdo hasta sus fuentes; mas, a juzgar por la dirección general de las cumbres, no deben

estar lejos del pico llamado *del Castillo*. Más arriba de este brazo izquierdo o septentrional hay una interesante serie de cinco cascadas alineadas a lo largo de un pintoresco desfiladero, al cual se trepa fácilmente y desde donde se goza de curiosas perspectivas embellecidas por el caprichoso curso de las aguas.

Éstas forman en primer término un inmenso abanico, ora saltando, ora deslizándose mansamente por un terreno inclinado, hasta que se confunden con las del brazo mayor. Un poco más arriba del origen de esta cascada descúbrese la segunda, no menos bravía y hermosa que la primera. Precipítase al abismo por un despeñadero que los líquenes tiñen a trechos de amarillos y rojos matices y cuyos dentellados bordes están cubiertos de carrascas y sabinas. En el fondo hay una porción de húmedas cavernas desde las cuales se ve un precioso jardín de helechos, lirios y azaleas.

Más arriba, a unas 400 yardas de distancia, encuéntrase el tercer salto de agua, el más caudaloso de todos. Fórmanlo tres corrientes muy armoniosas y de las cuales se alza una neblina abundosa en arcoiris. Un poco más abajo conviértese en una loma cristalina que se desenrolla como una pieza de tela de 150 pies de ancho y que materialmente parece despedir chispas y surtidores de diamantes. Más adelante óyese un sordo mujido que va aumentando en intensidad hasta que, saliendo de la florida maleza, descúbrese por fin la quinta y última cascada. El fondo del precipicio es un terreno sumamente desigual, lleno de prominencias, entre las cuales espumean borbollando juguetosas las aguas.

Divide el fondo del valle una barrera de granito bruñida por el hielo. La región inferior es casi toda tierra de pasto, y la superior, seca y arenosa, cubierta de hermosas encinas cuyos troncos tienen a veces seis o siete pies de diámetro. En las pendientes vense espesos carrascales que con su lustroso follaje amarillo verdoso forman una bóveda por todo extremo pintoresca. Encuéntranse en el valle algunos ejemplares de pinos dulces y cedros americanos y de los dos pinos epicea. El abeto Douglas y el *libocedrus* llegan a ser muy crecidos cuando les es favorable el terreno, y en la zona meridional se ven algunos ejemplares de la interesante *Torreya Californica*. Los rosales silvestres forman hermosos grupos desparramados, mientras que en las praderas los lirios, las espuelas de caballero y varias clases de altramuces abundan en extremo, creciendo de tal modo que a veces pasan de la talla humana. Los helechos, que son allí hermosísimos, se propagan desde el borde hasta el fondo de los abismos. *Pellæa densa*, *P. mucronata*, *P. Bridgesii*, *Cheilanthes gracillima*, *Allosorus*, etc. En los parajes musgosos próximos a las cascadas se encuentra el *Adiantum pedatum*. El *Woodwardia radicans* y el *Asplenium felix fæmina* son los helechos más altos del valle, alcanzando algunos de ellos la talla de seis a siete pies. La última vez que estuve allí todo el valle era un ameno jardín y no se notaban en él más progresos que algunas chozas de indios y una solitaria cabaña.

He descrito someramente varios de los más notables caracteres de una región que hay el propósito de reservar para el público esparcimiento, con cuyo objeto Mr. Van-

dever ha presentado ya al Congreso un proyecto de ley por cuya virtud se destinan a parque nacional esos terrenos. Es de desear que este proyecto sea pronto aprobado. De otro modo, aquella región será completamente devastada más o menos tarde por los ganaderos y los comerciantes en maderas. Hoy por hoy hállase en algunas partes tan pisoteado el suelo y despojado de los arbustos y matorrales de antaño, que tiene todas las trazas de un desierto, y si continúa la tala de sus bosques la ruina será completa. Hasta en el Yosemite se observa una gran perturbación en la venida de las aguas, pues las corrientes, en otro tiempo tan puras y cristalinas, aparecen turbias y en su caudal varias é irregulares. También es de desear que el Hetch Hetchy se libre de la devastación que ha sufrido el Yosemite, en donde hachas, arados, cerdos y caballos contribuyeron a porfía a destruir los jardines y la arboleda. La región más bárbaramente talada del Yosemite ha sido la sierra, no obstante de estar especialmente puesta bajo la protección del gobierno. Y lo peor es que esta destrucción de los atractivos más preciosos de la comarca por su belleza o por su selvático carácter ni siquiera puede explicarse por razones de egoísmo. Se destruye por afán de destruir.